



www.loqueleo.com

Fortunato

© Del texto: 1994, Luis Darío Bernal Pinilla

© De las ilustraciones: 1994, Jaime Cortés

© De esta edición:

2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-9002-50-6

Impreso en Colombia

Impreso por Asociación Editorial Buena Semilla

Primera edición: octubre de 1995

Primera edición en Loqueleo Colombia: mayo de 2016

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Fortunato

Luis Darío Bernal Pinilla



loqueleg

*A Mery y Luis Alfonso, mis padres
Emiliana y Fortunato, mis abuelos
Ligia y Humberto, mis tíos
Catalinito, mi hijo
María Cresencia Cañizares de Carreño,
quien como el protagonista,
nació en la vereda del Palchacual*

La laguna azul del Palchacual

Primera etapa

9

“... Y la Reina, convencida de la bondad de las ideas del navegante genovés, le demostró su infinita generosidad: se desprendió de sus oros y aderezos y se los entregó a Don Cristóbal. Con el producto de ellos y la valentía de este hombre maravilloso se realizó, hoy hace quinientos años, en el amanecer del 12 de octubre de 1492, la gran epopeya del Descubrimiento de América...”, concluyó la señorita Ligia, de pie, con los ojos húmedos, la mirada en el horizonte y la voz emocionada del orador que se dirige ante muchedumbres enardecidas. Frente a ella, entre ruanas de lana virgen y viejos sombreros de pelo, catorce niños la escuchaban sin mayor entusiasmo.

Tiritando por el viento helado que bajaba del Nevado del Cocuy y se filtraba a través de las

rendijas de la puerta de la escuela, los alumnos mantenían los ojos entrecerrados. Menos Chelelo. El niño, famoso por coleccionar todo tipo de animales de monte, andaba a gatas por entre las piernas de sus adormilados compañeros. Intentaba atrapar, antes de que la profesora Ligia se diera cuenta, un monumental sapo negro que se había
10 escapado de su mochila, lanzando sobre el piso de barro parduscos chorritos de un líquido espeso.

—¿Qué hace por el suelo, Chelelo? —gritó la profesora Ligia cuando descendió de su éxtasis histórico. Aún no había notado la presencia del batracio.

Menos inquieto por la pregunta que por agarrar al animalejo que se camuflaba en el bosque de patas sucias de los pupitres, Chelelo no supo qué contestar. Pero Fortunato, su amigo, salió en su ayuda cautivando la atención de la maestra.

A pesar de su estatura; de su cuerpo macizo forjado por el duro trabajo que realizaba todas las madrugadas; y de su rostro curtido por la brisa del páramo, Fortunato era todavía un niño. Tenía apenas un par de años más que sus compañeros.

Enamorado de las aventuras y de los viajes, a menudo prometía a sus amigos que un día saldría de la vereda del Palchacual a recorrer el mundo. Todos se reían de sus fantasías. Pero muchos, para sus adentros, pensaban que lo lograría.

Preocupado por Chelelo, Fortunato aprovechó para indagar algo que lo tenía pensativo:

—Profesora Ligia, ¿puedo hacerle tres preguntas? —alzó la voz mirando al amigo que acurrucado perseguía con desesperación al sapo, brincando a ratos igual que el animal. 11

—¡Claro, muchacho!, pregúnteme todo lo que quiera. Para eso estoy aquí —contestó complacida de que alguien se interesara tanto en sus lecciones. Siempre había gustado de Fortunato, quien además de soñador era responsable y estudioso.

—¿Qué es un aderezo? —habló sin despegar los ojos de Chelelo.

—Una pelota de caca y queso —contestó un niño por debajo de la ruana, escondiendo la cara mientras el resto de la clase se carcajaba a dos manos.

Ignorante de quién había sido el gracioso, la profesora Ligia decidió fulminar a todo el grupo

con una mirada de reprobación que lanzó por encima de sus gruesos lentes. Luego se dirigió a Fortunato: —Es un juego de collares, pulseras y zarcillos de piedras preciosas que usan las grandes damas.

—¿Y quién descubrió a España? —soltó Fortunato la segunda inquietud de inmediato, rapándole la palabra cuando escuchó croar al sapo y lo vio posarse sobre la tarima en donde se encontraba el escritorio de la señorita Ligia.

La curiosidad del joven le quitó el aire. La profesora se sentó para respirar mejor. En veinte años de maestra por todas las veredas del municipio, jamás un alumno la había puesto contra la pared. Solo a Fortunato se le ocurría hacerle semejante examen que la dejaba con la mente en blanco. ¿Quién diablos podría responder eso?, pensaba, mientras una gotica de sudor le rodaba por la espalda.

Por suerte, como a los boxeadores, la salvó la campana: un alarido, que debió escucharse hasta en la cima del nevado, despertó de golpe a los niños que a ratos dormitaban.

El sapo, en un impecable salto de campeonato, había aterrizado sobre el libro de historia, encima